A. MONCAYO ANDRADE

Cuando Bolívar y Napoleón se hablaron.....

QUITO -- ECUADOR

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios

1919

Al pueblo del

10 de Agosto de 1809

y del

9 de Octubre de 1820

en el

24 de Mayo de 1919



Gloria al bravo pueblo
que el yugo rompió . . .
¡Abajo cadenas! clamaba el Señor . .

Himno Venezolano.

—

La libertad sublime
derrama las auroras
de su invencible luz . . .

Himno Colombiano.

—

¡Salve oh Patria! . . . tu pecho rebosa
Gozo y paz . . .

Himno Ecuatoriano.

—

Somos libres! y lo seremos siempre! . . .

Himno Peruano.

Mucha *libertad* en los himnos nacionales, muy poca en el pasado, ninguna en el presente, ni el menor anhelo de ella en los corazones . . . *Gozo y paz?* . . . los de contiendas fratricidas, prisiones, destierros, asesinatos . . .—Cuando presencio las festividades con que anualmente conmemoramos las grandes fechas de la Emancipación Americana—retreta en la plaza de la Independencia, fuegos artificiales en la de Santo Domingo, velada literaria en el Teatro Sucre, loas en los planteles docentes, tal cual banderín o farolillo en los balcones,

—y medito en los resultados que, en éste y otros países hispano—americanos, han producido los esfuerzos de los libertadores, me pregunto si Bolívar no prefiriera haberse cortado las dos manos, antes que inmortalizarse "*como autor perverso de tan lamentables mutaciones*".

Comprendo demasiado que hacer hablar a grandes personajes de la historia es impertinencia sacrílega; y no habría excusa para la mía, si estas páginas tuvieran pretensiones literarias. Pero mi intención no es hacer literatura, sino buscar manera de copiar y repetir palabras ya olvidadas, que no han perdido, por desgracia, nada de la actualidad, de la verdad y de la trascendencia que tuvieron —hace un siglo—, en el momento en que fueron escritas o pronunciadas. Y habré realizado mi propósito, si la lectura de estas líneas lleva a algunos ánimos ecuatorianos la convicción de que, para honrar dignamente la memoria de nuestros Héroes, debiéramos hacer algo más que quemar un paquete de triquitraques en tal o cual día del año.

A. M. A.

AQUELLA mañana había sufrido el Libertador un ligero síncope. Muy alarmado el Dr. Révérend continuaba exigiendo el más completo reposo.

—Pero, mi General....! volvió a decir.

—No, no, mi querido doctor,—insistió el ilustre enfermo,— no crea usted que pueda serme fatigosa o desagradable la visita de este caballero que ha cruzado todo el Pacífico sólo por verme. En cualquier momento hace bien una demostración de aprecio, y, en éste, no hay sobra de ellas que digamos.... —añadió con una sonrisa, volviendo los ojos a una mesa cargada de papeles impresos, en algunos de los cuales resaltaba en letras gordas el nombre del eral Gen José Antonio Páez.

El Dr. Revérénd hizo un gesto de resignación, y don Joaquín de Mier, abriendo la puerta, llamó en voz alta:

—El Coronel Campbell.

El oficial británico presentóse inmediatamente. Vestía gran uniforme de parada y llevaba el pecho constelado de cruces y decoraciones. Detúvose a la entrada, con la soltura discreta y deferente que da la frecuentación de cortes regias y de grandes personajes.

—Bienvenido, Coronel Campbell,—dijo el Libertador.—Aprecio en lo que vale la delicada atención de su visita y se la agradezco muy de corazón.

El extranjero parecía demasiado conmovido para hablar.

—Ya me han informado—continuó Bolívar—que viene usted de la India, que estuvo en Santa Helena y que hizo la guerra, en Europa, a órdenes de Lord Wellington.

—Sí, Excelencia, contestó el Coronel Campbell. Hice parte de la campaña Peninsular y estuve en Waterloo. Fuí después enviado a Santa Helena y, de ahí, a la India, en donde he servido hasta que se me concedió mi retiro. He asistido a algunos de los grandes acontecimientos de esta época, guardo como

un tesoro el asombro de las cosas y de los hombres que he visto, pero ese tesoro hubiera sido imcompleto, sin el honor que Vuestra Excelencia me dispensa, consintiendo en recibir el homenaje de mi respeto.

—Bondadosas palabras, Coronel! Ellas añaden a la gratitud que ya debo a la patria de los generosos guerreros que, desde tan lejos, han venido a ofrecer su sangre y sus vidas por la libertad de este continente.

—Tengo buenos amigos en la Legión Británica,—dijo el Coronel Campbell;— sus cartas y las publicaciones de Europa me han informado en detalle de los altos hechos que en estos países se han realizado y de la principalísima parte que Vuestra Excelencia ha tenido en ellos. Yo creo haber servido también la misma causa, la libertad humana, porque, aún en los países que conquista, la bandera británica es símbolo de libertad.

—Así lo entiendo, replicó lentamente el Libertador, después de un instante de reflexión.—Inglaterra se ha adelantado a las otras naciones en comprender de nueva manera la grandiosa misión civilizadora de una potencia de primer orden. En los pueblos subyugados, el derecho y la justicia británicos se sustituyen a regímenes de despo-

tismo más o menos salvaje, y así, la obra de conquista resulta, en realidad, obra de liberación. Por otra parte, sin la resistencia obstinada, y al fin triunfante, de Inglaterra, Europa se hubiera sometido talvez definitivamente al genio de Napoleón, y acaso no hubiera tardado en extenderse sobre toda la superficie del planeta el incontrastable imperio francés. Ese hombre maravilloso ha sido la gloria más grande y a la vez la más grande amenaza de la humanidad. Tuvo usted ocasión de verle, Coronel?

—Sí, Excelencia: la primera vez, a bordo del Bellerophon: uno de los oficiales era primo mío y pude ver al Emperador, o mejor dicho, admirarle, largamente. Parecía sentirse en presencia de la humanidad toda y de la historia: no tuvo una palabra, ni un gesto que no fuesen dignos de la memoria que los hombres guardarán de esa figura extraordinaria, hasta el fin de los siglos. Cuando pasé a Santa Helena, un poco a solicitud mía, tuve el honor de ser recibido por Su Majestad y experimenté todo el encanto y toda la seducción de su irresistible personalidad.

—Santa Helena . . . !—murmuró Bolívar— . . . el odio humano, muy a pesar

suyo, produce alguna rara vez efectos de belleza sublime que superan a todas las concepciones del poeta o del artista. Ese peñón solitario, perdido en el vasto océano, como remate a una existencia que ha conmovido hasta los cimientos de las sociedades humanas, es algo tan prodigioso como la gloria misma del gran Emperador.

—Tiene razón Vuestra Excelencia, asintió el Coronel Campbell. La carrera de Napoleón el Grande es una de las más sorprendentes paradojas de la historia. Un muchacho oscuro que llega a ser amo del mundo! Un emperador, más poderoso que Carlomagno, languideciendo en la estrechez y soledad del más extraño cautiverio! Un Señor omnipotente, la última y más poderosa encarnación del despotismo, cuyos ejércitos recorren el mundo, esparciendo por todas partes la semilla de la democracia . . . Porque es extraordinario, Excelencia, el espectáculo que está presentando Europa: gracias al incesante vaivén de los ejércitos franceses, las ideas de la gran Revolución se han difundido de un extremo al otro del mundo. La democracia llama a todas las puertas y enciende todos los corazones. Desde Rusia hasta España, todas las viejas instituciones

crujen y amenazan venirse al suelo. El mundo no puede ya volver a ser lo que fué antes de Napoleón y del 89.

—Parece que la humanidad ha dado un salto y ha pasado bruscamente a otro planeta—observó el Libertador. El mundo antiguo, con sus prejuicios, con sus injusticias, con sus crueldades, y también quizás con sus poéticas y delicadas bellezas, ha desaparecido. Estamos en los principios de una nueva era, y la diferencia que ya se advierte en todos los aspectos de la vida humana es tan prodigiosa, que el espíritu se abisma al columbrar los cambios que se producirán en los próximos cien años. La humanidad está en plena luz: tiene ante sí los senderos claros de verdades definitivas, que se prolongan en todas direcciones; y por ellos avanzará rápidamente, sin que nada pueda ya detenerla. Estamos en presencia de un prodigio . . . .

—Vuestra Excelencia tiene parte enorme en la gloria de este prodigio . . .

—No, Coronel Campbell!—dijo el Libertador con súbita animación.—Acá somos todavía una excepción. Yo nada he hecho, nada he podido hacer. Veinte años de esfuerzos . . . de esfuerzos sobrehumanos . . . han sido estériles. Yo no soy sino un fra-

casado . . . un vencido! . . . Envidio el destino de esos valientes compañeros míos que murieron muerte de héroes en los combates. Ellos sí triunfaron. Porque triunfo es rendir la vida en la plenitud de un bello ensueño, en la convicción absoluta de que la sangre que fluye de las propias venas va a procurar un bien inmenso a los humanos. . . .

El extranjero no podía disimular su sorpresa.

—Quiero decir, continuó Bolívar, con vehemencia creciente: quiero decir que mi obra, rota en mil pedazos, está hundiéndose . . . . se ha hundido ya, en los abismos de la anarquía. Aquí se ha desandado en un día todo el camino andado en veinte años . . . camino empapado por la sangre de los mas generosos y esforzados corazones . . . Estamos en pleno retroceso. El despotismo resuscita bajo nuevas e imprevistas formas, porque mi espada ha roto las cadenas de la esclavitud en las manos de los déspotas, pero no hà conseguido romperlas en el espíritu de los pueblos. Por mucho tiempo, acaso por siglos, este suelo no producirá sino dos clases de hombres: tiranuelos y siervos . . .

Un acceso de tos, prolongada, dolorosa, le interrumpió. El doctor Révérend hacía

ademanes suplicantes. Pero el Libertador se repuso al fin, y sereno de nuevo, tendió la mano al Coronel Campbell.

—La visita de usted me ha procurado muy gratos instantes—dijo sonriendo,—pero es menester poner término a los tormentos de mi bondadoso doctor. Espero que me dé usted el placer de visitarme siempre que el doctor Révérend lo permita.

El Coronel Campbell se inclinó y besó respetuosamente la mano del Libertador. Luego, andando hacia atrás, para no volver la espalda, cual ante la presencia de un Rey, salió del aposento.

El doctor Révérend arregló cariñosamente los cojines en que el enfermo estaba reclinado, y rodando el sillón hacia la ventana abierta, le dijo:

—Ahora procure mi General pensar cosas alegres, o si es posible, no pensar nada. Mire este hermoso paisaje, respire esta brisa perfumada y, sobre todo, descanse, mi General, descanse. La quietud es esencial para que mis remedios le alivien.

El Libertador sonreía.

Soberbio era, en verdad, el panorama que ante esa ventana se extendía. El jardín, en plano inclinado, prolongábase hasta la playa.

A derecha e izquierda, espesuras de naranjos y palmeras; por todas partes profusión de flores y verdura, arbustos apiñados en grupos de raros y vívidos matices; y, en el fondo, bajo un cielo incendiado por el sol poniente, el mar sin límites, ese bravío y solitario Caribe, cuya onda atormentada teñían de un rojo de sangre los arreboles vesperales.

Bolívar miró a un lado y otro las espesas arboledas que se alzaban, cerradas, como una muralla, como un refugio; y, frente a sí, la superficie bruñida, hinchándose en enormes pliegues que parecían rodar perezosamente de un extremo al otro del horizonte, tendiendo al viento chispeantes penachos de escarlata. La brisa marina refrescaba su abrasada frente, y la paz, el silencio de aquella dilatada soledad, apenas turbados por el lejano rumor de la resaca, invadíanle poco a poco, calmaban la calenturienta exaltación de su cerebro. Pensaba, con vaga tristeza, que había llegado como a esconderse entre esas arboledas, a la orilla de ese mar desierto, cual la bestia herida y acosada que busca un refugio ignorado para morir. Los recuerdos atropellábanse en su memoria, y, por un instante, parecióle que el horizonte

se poblaba de vastos y confusos rumores, estruendos de batallas, clamor de multitudes, tañido de campanas lanzadas a vuelo . : . Qué contraste! . : . Y cuán rojo, el mar . . . Como si traída por todos los ríos del continente, se hubiera recogido en el Caribe la sangre derramada en veinte años de combates. Y el desangre espantoso continuaba, no se le veía fin: por mucho tiempo, quizás por siglos, serían rojas las aguas de los mares en torno a la América Española . . . El patíbulo político, la guerra fratricida, la encrucijada asesina : . . cuánta sangre, cuánta sangre llevarían todavía a los océanos los ríos americanos! . . . También Napoleón vería talvez, desde Santa Helena, algún crepúsculo rojo, y pensaría en Eylau, en Wagram, en Borodino . . . acaso en Vincennes . . . Cautiverio, soledad, humillaciones, después de tánto poder, de gloria tánta . . . Cuán amargos, cuán dolorosos los recuerdos para el gran proscrito . . .

—No, Excelencia! . . .—dijo de pronto una voz que Bolívar reconoció en el acto, aunque nunca la había oído antes y el acento se parecía mucho al del Coronel Campbell.

Era la voz de Napoleón.

⁂

En efecto, el Emperador estaba ahí, de-pié, con las manos cruzadas a la espalda y algo inclinada la cabeza, como en los grabados.

—No, Excelencia,—repitió, siempre con el acento del Coronel Campbell—Santa Helena, como Santa Marta, es una cumbre, desde la cual se ve, hacia atrás, todo el pasado; y lo que miran los ojos es el cuadro de una bella existencia, bellamente vivida. Cuando se ha vivido como hemos vivido vuestra Excelencia y yo, no hay lugar en el espíritu para la amargura, menos aún para el rencor. Yo considero que todos los pueblos y todos los hombres, amigos o enemigos, cuyos destinos se confundieron un instante con el mío, tienen derecho casi igual a mi gratitud. Pitt y el Archiduque Carlos eran tan esenciales a mi gloria como Cambacéres o Dessaix. Y, quién sabe?—añadió, sonriendo—talvez hasta Sir Hudson Lowe tenga también algún título a mi reconocimiento! . . .

Bolívar sorprendíase de no experimentar extrañeza ni embarazo alguno, en presencia del Emperador.

—Sin duda tiene razón Vuestra Majestad, —dijo.—Para comprender plenamente las cosas humanas, es menester mirarlas desde más allá de la vida. Pero son acaso el rencor y el desengaño las únicas fuentes de la amargura? Mi espíritu está abrumado de tristezas, de zozobras, de dudas, en las que ninguna parte tiene el rencor; pesa sobre mí la responsabilidad de los destinos futuros de América, como debe pesar sobre Vuestra Majestad la responsabilidad del porvenir de Europa . . . Qué opina Vuestra Majestad de mí y de mi intervención en la historia del Nuevo Mundo?

Napoleón dejó caer la cabeza sobre el pecho, en honda meditación.

—Pienso,—dijo por fin—que, eliminadas las diferencias de nuestros teatros respectivos, diferencias de circunstancias, de medios de acción, de sistemas y de objetivos inmediatos, son sustancialmente idénticas las misiones que se propusieron cumplir sobre la tierra el Libertador de América y el Conquistador de Europa . . . Pero las dos eran igualmente irrealizables. Yo soñé en hacer de Europa—quizás del mundo entero—un vasto imperio de paz y de seguridad, que pusiese término al azote de la guerra entre los

hombres, y en el cual, borradas por fin las fronteras, se tendiesen los brazos los pueblos todos, sin distinción de razas ni de idiomas, como hermanos, como hijos de un mismo suelo. Vuestra Excelencia soñó también en una unidad parecida: la de una vasta confederación de estados libres, fundada en la democracia . . .

—Pero Vuestra Majestad misma,—interrumpió Bolívar,—acaba de emplear dos vocablos, *imperio* y *democracia*, opuestos como los Polos. No advierte Vuestra Majestad que ellos expresan la diferencia enorme que hubo en nuestros propósitos, toda la diferencia que va del absolutismo a la libertad?

—Existía, en realidad, tal diferencia?—preguntó el Emperador. En cuanto al medio de acción, fuerza era que el mío se llamase conquista y el de Vuestra Excelencia, liberación; aunque los dos envolviesen el mismo principio de matar y de vencer, para imponer una idea. En cuanto al sistema, constituida y consolidada mi sociedad europea, nada ni nadie hubiera podido impedirla adoptar de golpe, o gradualmente, la forma política más conveniente a su espíritu o a sus intereses, y más conforme con sus necesidades físicas y morales. Ni era el

despotismo base indispensable de mis planes, ni ha producido jamás el planeta hombre alguno suficientemente poderoso para imponer su voluntad a una sociedad humana. El sistema de gobierno, cualquiera que sea, exterioriza siempre el espíritu colectivo de la sociedad que lo acata.

—Vuestra Majestad expresa el punto de vista de los reyes.—observó, con una sonrisa, el Libertador.—Siempre se supusieron legítimos intérpretes de sus amados pueblos, aún en los tiempos en que más duramente los oprimieron.

—Tan luego como tal suposición dejó de ser verdad,—replicó Napoleón,—dejaron de existir las monarquías. Una y otra vez comprueba la historia de la humanidad que éste es el concepto verdadero. Pero no es, acaso, nuestra historia misma, su plena comprobación? Ni yo consolidé mi imperio, ni Vuestra Excelencia la libertad. Fracasó mi empresa, porque no basta el breve espacio de una vida para derribar todo lo que largos siglos han edificado en ideas, en sentimientos, en prejuicios y vínculos, al rededor de esta palabra mágica: Patria . . . .—es decir, porque no pude dominar la voluntad colectiva de los hombres; porque, en el con-

flicto, debían prevalecer, y prevalecieron, esas enormes e invencibles fuerzas morales, de vitalidad tenaz, a las que mi propio espíritu estaba encadenado, ya que era mi sueño hacer de Francia el centro y el eje del universo. Vuestra empresa fracasó también, porque os estrellasteis contra otra obra de siglos: la abyección hispano americana; es decir, la inercia, que es otra fuerza inquebrantable y la forma de expresión de otra voluntad colectiva: la de continuar en la servidumbre.

—Por desgracia, fué así!—asintió Bolívar, con un suspiro.—Muy pronto me persuadí de la esterilidad de mis esfuerzos, hasta el punto de temer más la paz que la continuación de la guerra, tan seguro estaba del desengaño final. En los primeros tiempos, cuando la contienda era titánica y desesperada, fuéme preciso romper a sablazos la resistencia tenaz de mis compatriotas, que se aferraban a sus cadenas; en la hora del triunfo, no tuve armas para vencer la abyección general que me encadenaba al poder. Cuando yo clamaba: Patria! Libertad! los pueblos respondían: Amo! Amo! . . . Y dejar de serlo, era entregarlos a la merced de caudillos determinados e ignorantes, que aspira-

ban a recoger el fruto de las adquisiciones de sus lanzas.

—Y esos caudillos triunfaron, al fin! —observó Napoleón.—Y debían triunfar, porque eran campeones más legítimos de la voluntad de sus pueblos, por más que ellos mismos lo ignorasen y, en sus propias conciencias, se tuviesen por usurpadores. Vuestra Excelencia pretendía dar a sus compatriotas libertad, derechos, leyes; pero ellos no querían leyes, no querían derechos, no querían libertad. Por lo demás, libertad y derecho, son conceptos abstractos, vagos y, en todo caso, relativos: todos los séres disfrutan de la medida de derecho y libertad que han menester. Las reses de un hato comen, beben, satisfacen bien o mal sus apetitos instintivos, y engordan y se multiplican. Pueden, acaso, concebir otras condiciones de vida que las del redil? Sienten, por ventura, otras necesidades físicas o morales? Hay sociedades humanas que son rebaños, y todas lo han sido, quizás, en algún período de su desarrollo. Los redentores que lamentan los padecimientos de pueblos tiranizados, generalmente se equivocan, y la equivocación proviene del punto de vista, que es a menudo engañoso. La mente poseída por algún bello

y noble ensueño suele forjarse espejismos que toma por realidades. Tal el de suponer infelices y necesitadas de redención a las naciones sujetas a regímenes de arbitrariedad sanguinaria. Excepto en casos, siempre momentáneos y transitorios, de naciones vencidas y conquistadas por otras naciones, la historia nos convence de que las sociedades que vivieron a la sombra de los cadalsos y a la luz de las hogueras, invariablemente disfrutaron de toda la felicidad y todo el sosiego que fueron capaces de concebir y desear. El dolor, la desesperación, no estuvieron nunca sino en la fantasía de los raros que contemplaron esos espectáculos de horror, con espíritu consciente de más suaves condiciones de vida social. La sensibilidad del hombre sano, exasperada a la vista de una operación de cirujía, exagera el concepto de sufrimiento; pero, en realidad, el paciente no sufre: está narcotizado, es decir, insensible. Los pueblos serviles están narcotizados también y no sienten las amputaciones de derechos y libertades que en ellos practica el despotismo. Porque es imposible tiranizar a un pueblo que sufra: la primera hora del dolor consciente es la última de la tiranía. Vuestra Excelencia, como todos los reden-

tores, como todos los espíritus superiores y generosos, exageraba el oprobio de la servidumbre colonial: los pueblos liberados por vuestra espada están probando ahora que les basta y les satisface plenamente una medida mucho menor de libertad, de derecho y de dignidad humana.

—No quisiera ver bajo esa luz terrible la página mas hermosa que se ha escrito en la historia de los tiempos!—protestó apasionadamente el Libertador.

—Para qué cerrar los ojos a la realidad? —preguntó friamente Napoleón.—Vuestra Excelencia no arrancó la púrpura de los hombros de César, sino para echarla sobre los de Calígula. Es el destino de los redentores engañados por los espejismos de un bello ensueño! . . .

—Dolorosa verdad! — murmuró abatido Bolívar.—Estos desgraciados países han caído, y continuarán indefinidamente, en manos de tiranuelos imperceptibles y brutales, de todos colores y razas, y perecerán devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad. . . a menos que el instinto de propia conservación úna a todos los hombres contra los usurpadores.

—Lo cual no es probable, en el actual es-

tado de estos pueblos. La arbitrariedad homicida se ensaña contra el individuo, rara vez contra la sociedad; y ésta no principia a sentirse atacada en el individuo, sino cuando el raciocinio, incompatible con el servilismo, crea el concepto de solidaridad social. Pueblo que piensa es pueblo unido, esto es, pueblo libre. Los pueblos serviles son siempre agrupaciones de séres aislados. Un rebaño no protesta por una res degollada: para que se produzca un acto de furor colectivo, es menester un peligro inmediato que amenace por igual a toda la manada, o la urgencia de una necesidad vital, el hambre, por ejemplo: entonces, y sólo entonces, derribará las barreras, hará pedazos a los pastores y se lanzará rugiente a donde su instinto le conduzca. También las sociedades rebaños experimentan estos pánicos destructores: las propagandas liberadoras y las débiles y aisladas resistencias del derecho, suelen exasperar a los tiranos y abrir luctuosas perspectivas de conflicto, inquietantes, intolerables para las multitudes que buscan, en la sumisión, reposo y seguridad. En ocasiones, esta inquietud se convierte en locura, y la sociedad enfurecida se lanza a despedazar. . . . a sus redentores! . . .

—Tal ha sido, por desgracia, la ceguedad de los hombres, desde el principio del mundo; pero tan amargas lecciones de la historia no tienen todavía aplicación a los pueblos americanos. Cualquiera que haya sido el espíritu público, al principiar la lucha, llegó día en que, ansioso de libertad o exasperado por la brutalidad española, estuvo todo de mi lado; y, lejos de enfurecerse y despedazarme, cubriéronme de flores y laureles mis hermanos y me aclamaron su Libertador.

—Libertador! . . . Noble título conferido por un grupo de próceres ilustres y que vuestros altos hechos y la voz unánime de los pueblos cultos han confirmado después. . . . Pero estos pueblos americanos? . . . No estuvo varias veces amenazada vuestra existencia por sus fanáticos furores? No fuistéis, en verdad, su Vencedor, su Conquistador? Libertador. . . clamaban el mundo y vuestros héroes; pero los ecos de los Andes sólo repetían OR! OR! . : . Y los pueblos no oían otra voz que la del eco y la de sus propios corazones. Cuando hablásteis de derechos del hombre, de soberanía del pueblo, nadie os comprendió. Ni el Perú, ni Colombia entendieron que pudieran hacer otra cosa que echarse a vuestras plantas. Y esa adoración humillada

y cobarde, bien pronto buscó otro objeto, a la primera solicitud del usurpador. . . . Siempre OR! OR! . . .

—Desgraciadamente es más difícil sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre. . . .

—Porque la conquista es un acto físico, y, por lo mismo, dentro de las posibilidades del esfuerzo humano; al paso que el estado de servidumbre de un pueblo es un fenómeno moral que está fuera del alcance de toda acción externa. No desaparece con derribar la tiranía, porque nunca fué ésta otra cosa que la exteriorización visible y superficial de una abyección colectiva, como esa nata verdosa que se forma en los pantanos no es otra cosa que la exteriorización visible y superficial de una putrefacción. Inútil deshacer la nata mal oliente; inútil derrocar al tirano: la podredumbre de las aguas y el envilecimiento de los espíritus continúan su oscuro trabajo en las tinieblas, reproduciendo sin cesar la misma superficie nauseabunda. Inútil que el puñal de Bruto se interponga entre la púrpura y los labios de Roma arrodillada. Inútil que la espada de Bolívar se levante en defensa de carnes ávidas de flagelación. No tardan en aparecer de nuevo, la púrpura en

tr os hombros y el látigo en otras manos. . . .

Hubo un silencio. Bolívar cerró los ojos y bajó la frente, con muestras de hondo abatimiento. Luego, como hablando consigo mismo, murmuró:

—Nada, sino escombros y cenizas, queda de tanto esfuerzo, de sacrificio tanto! . . . Dieciseis años de batallas no hicieron sino acumular combustibles para el incendio que ha devorado mis victorias, mis glorias, la dicha del pueblo y la libertad de todos! . . .

Y el Emperador, como siguiendo a su vez la corriente de sus propios pensamientos, dijo con voz pausada y grave:

—Cuando más conscientes nos juzgamos de nuestra voluntad y de nuestros propósitos, no somos los hombres sino juguetes de la oscura fatalidad que dirige los actos y sucesos de toda humana existencia. . . . Y cuán extraños e inesperados, los resultados de nuestros esfuerzos, y aun de nuestros éxitos! La espada libertadora no logra efectuar sino efímera obra de imposición y de conquista, que se viene al suelo en mil pedazos al primer golpe de despotismos usurpadores; al paso que el cetro conquistador, socavando sin advertirlo, y en todo caso sin quererlo, las bases seculares de los tronos, deja abierto ancho

camino al avance incontrastable de la democracia. . . . Obedeciendo al impulso de nuestro esfuerzo inconsciente, ruedan nuestros mundos en direcciones diametralmente opuestas: el mío, hacia el derecho y la libertad; el vuestro, hacia las más primitivas y oprobiosas formas de la opresión. Sin embargo, Vuestra Excelencia es el Libertador, y yo el Déspota Conquistador! . . .

—A qué negarlo?—dijo Bolívar, con un desesperado movimiento de hombros.—El desenfreno de los usurpadores y el servilismo de los pueblos han empañado el título de Libertador que un día consideré superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Mi ensueño está desvanecido. Todo es engaño y violencia, en América. Los tratados son papeles, las constituciones libros, las elecciones fraudes, la libertad anarquía y la vida un tormento. Yo me estremezco cuando pienso, y estoy siempre pensando, en la horrorosa calamidad que amarga a este continente. Veo distintamente destruída mi obra y las maldiciones de los siglos caer sobre mi cabeza como autor perverso de tan lamentables mutaciones. Estos estados insignificantes, nacidos en la ingratitud, en el fraude, en la traición y en el asesinato, que llevan en su

origen la marca de su destino, que el mundo mira con desdén y que se atreven a llamarme Padre, me relegan, convertido en el Abdalrahman del Nuevo Mundo, al oscuro montón de los destructores de imperios. . . .

—Como yo he quedado confundido en el montón ensangrentado de los Gengis-Khan, degolladores de hombres! . . . Y ni vuestra obra tiene la magnificencia, solidez y belleza del reino de Córdoba, ni mis empresas igualaron en grandiosidad a las del jefe tártaro . . .

—Nunca, lo juro!—exclamó el Libertador, extendiendo las manos,—nunca fué mi intento el frívolo y mezquino de desgarrar el imperio español para hacer estados de sus girones. Si el régimen colonial no hubiera participado de los vicios y miserias que precipitaban la decadencia de España, nada habría intentado por quebrantarlo. Mi anhelo fué una América libre y poderosa que se presentase ante el mundo con un aspecto de majestad y de grandeza, sin ejemplo en las naciones antiguas; una patria que tuviera la imponente gravedad de nuestros montes, nuestras llanuras, nuestras selvas y nuestros ríos; y que, por su respeto a las leyes, su amor a la libertad y la concordia de sus hijos, mereciera llamarse la Reina de las Naciones. . .

Por eso, vencedor de España, soy un vencido! . . .

—Santa Marta es la Santa Helena del Nuevo Mundo—dijo gravemente el Emperador.—Talvez la diferencia más considerable entre Vuestra Excelencia y yo, consiste en que yo puedo estrechar la mano de mis afortunados adversarios, sin rencor, sin repugnancia, sin deshonra. Yo batallaba por un empeño prematuro, pero grandioso, que realizará algún día la mano lenta y suave de los siglos; pero ellos, mis enemigos, defendían, a su vez, los principios más elevados, más hermosos que la actual cultura humana conoce—todos los que se encierran en el antiguo y sagrado concepto de la patria. Eran adversarios respetables. Pero los vencedores de Vuestra Excelencia no fueron, desde luego, los españoles, ni siquiera, en verdad, esos caudillos esforzados o arteros, sobre cuyas cabezas pudiera caer el anatema o el perdón: fueron fuerzas tenebrosas, inconscientes, innominadas, elusivas e impalpables las que brotan de la inercia y de la estólida pasividad de los pueblos narcotizados por largo hábito de servidumbre.

—Tal apreciación de sucesos y fenómenos sociales, de ser exacta, sofocaría en gérmen

todo esfuerzo de mejoramiento y hasta la esperanza de una evolución redentora. Yo prefiero seguir en la persuasión de que los pueblos no son culpables: ninguno lo fué nunca; porque el pueblo no desea sino justicia, reposo y bienestar. Los sentimientos dañosos o erróneos pertenecen de ordinario a sus conductores: ellos son la causa de las calamidades públicas.

—Pero ellos nada podrían contra la conciencia, contra la dignidad, contra el espíritu del pueblo, si existieran ese espíritu, esa dignidad y esa conciencia Y porque ninguna barrera de fuerzas o sentimientos colectivos existía en estos países que acertase a detener o encauzar el torrente de las ambiciones desenfrenadas, los usurpadores lo intentaron todo y todo lo pudieron contra Vuestra Excelencia y sus prodigiosos esfuerzos por la libertad americana.

—Los amargos conceptos de Vuestra Magestad iluminan quizás una realidad irremediable, y, por lo mismo, acrecientan mi tristeza; porque de ellos se desprende claramente que el orden, la seguridad, la vida, todo se aleja más y más de esta tierra condenada a destruirse ella misma y ser esclava de Europa. Esto lo creo infalible. El sacudimien-

to de la emancipación, que ha quebrantado un un letargo de tres siglos, sin producir la conciencia clara y enérgica de un pleno despertar, ha hecho imposible el retorno al antiguo sopor, cuya silenciosa inmovilidad, bajo apariencia de muerte, era talvez una forma de felicidad. De ahora en adelante, el organismo social se agitará en dolorosas e incesantes convulsiones de febril delirio, porque no pudiendo soportar estos países ni la libertad ni la esclavitud, mil usurpaciones haran necesarias mil revoluciones . . . .La única cosa qne puede hacerse en América es emigrar. . . .

—Ni los hombres ni los pueblos eluden su destino. . . .Quién pudiera predecir el de la América Española? Acaso esté, en efecto, destinada a la recolonización. Acaso desaparezcan las naciones que la habitan, como tántas otras que recuerda la historia. Y acaso también, de las torpes demasías de los tiranuelos, del fondo de las mazmorras, de la sangre derramada en los patíbulos o en tenebrosas encrucijadas, en fin, del asco de sí propios que tarde o temprano sentirán los americanos, broten algún día el amor a la libertad y la conciencia del derecho. . . .El hermoso esplendor de la aurora americana auguraba, en verdad, un bello día. . . .huracanes de crí-

men han cubierto el horizonte de rojos nubarrones. . . .Pero, quién sabe?. . . .Un siglo es un minuto en la vida de los pueblos. Cada nueva convulsión, por más que parezca igual a la precedente, puede ser una nueva fase en la larga y dolorosa reacción del organismo social hacia la salud definitiva. . . .Mientras tanto, para la humanidad, no hay esfuerzo perdido, ni sacrificio estéril. Todo lo que el mundo posée representa lenta acumulación de tormentos y desengaños de innumerables generaciones de soñadores, que bajaron a la tumba, llorando la ruina de algún caro ensueño. Mucho hace, en la tierra, quien, como Vuestra Excelencia, deja tan alto ejemplo de inmaculada grandeza.

—Ningún sacrificio deploro,—dijo la voz melancólica del Libertador,—porque siempre estuve convencido de que el que todo lo abandona por ser útil a su patria, no pierde nada y gana cuánto la consagra. Pero los resultados, tan contrarios a mis propósitos, me han privado hasta de mis títulos a la consideración de los hombres.

—No, eso no, Excelencia! —exclamó el Emperador.—Vuestra figura se levanta inmensa, luminosa, única, en la historia. Cuando los pueblos, agradecidos o subyugados, amon-

tonaron a vuestras plantas riquezas, honores, poderío, todo lo que pueden soñar el orgullo y la ambición humanos, vos os negásteis a tocar la ofrenda tentadora y solo retirásteis del montón una flor inmortal: la gloria.

—Pobre flor!. . .tan pronto marchita y sin perfume, como todos las flores. . .La fama, para resplandecer ante el mundo, ha menester el alto pedestal que le levanta la historia de un gran pueblo. La vuestra es eterna. Emperador de Francia!. . . Pero la mía? No se medirá por mis hechos, sino por los de las naciones que me deben su existencia. Bien pronto serán raros los eruditos del mundo que conozcan mi nombre. Sabemos, acaso, si no hubo hombres ilustres en Somalí o en Dahomey?. . .

—Pobre Libertador! . . —murmuró cariñosamente Napoleón, inclinándose con delicadeza exquisita a arreglar los cojines en que el enfermo descansaba.

Y, en ese instante, le pareció a Bolívar que el Emperador hablaba con un marcado acento francés, muy parecido al del Doctor Révérend.